



Luis B. Eyzaguirre

Professor Luis B. Eyzaguirre died on June 24, 1999, at the age of 72. He was a professor of Spanish at the University of Connecticut for 33 years, having officially retired in February of 1999.

A long-time resident of Hartford, Connecticut, Professor Eyzaguirre moved to the United States from Chile in 1958. Upon arriving he worked for four years at Cheshire Academy as an instructor of Spanish while he pursued graduate studies in British

and American Literature at Trinity College. In 1964 he began his doctoral work at Yale University, finishing in 1970 with a thesis written under the direction of Professor José Arram entitled *El héroe en la novela hispanoamericana del siglo XX*. The doctoral dissertation was later published by *Editorial Universitaria* of Chile in 1973.

Professor Eyzaguirre's long career in Storrs is distinguished both by his numerous scholarly activities and his undivided commitment to the teaching of Latin American Culture. A member of many professional societies, Professor Eyzaguirre served on the Executive Council of the New England Council of Latin American Studies (NECLAS), as Chairman of the Spanish and Portuguese section of the University of Connecticut's Modern & Classical Languages Department, and as a consultant to Trinity College's Modern Languages Department. Also, he gave lectures around the world, in institutions as diverse as the Universidad Nacional Autónoma of Mexico, L'Université Paul-Valéry, Montpellier, France, Brown University, and William W. Hall High School. Moreover, his dedication to Latin American Literature manifests itself in his research, which includes scholarly articles published consistently from 1972 until 1998. Perhaps most important, however, Professor Eyzaguirre served as major advisor to numerous doctoral students during his career and continued to do so even after his retirement. Upon his retirement Professor Eyzaguirre had planned to work on many intellectual projects, including his short stories and chronicles – some of which were published throughout the eighties and nineties – as well as a major study on Latin American novelist Alfredo Bryce Echenique.

A memorial service for Professor Eyzaguirre was held at First Congregational Church in Hartford, Connecticut, on June 27, 1999. Professor Eyzaguirre is survived by his partner Claudia Santelices, his son Dr. Pablo Eyzaguirre, his daughter-in-law Dr. Eva Crowley, and his four grandchildren. He was preceded in death by his daughter Anita María Eyzaguirre.

The Luis B. Eyzaguirre Memorial Lecture Series is being established in commemoration of his more than three decades of service to the University of Connecticut. Contributions and donations, made out to "UConn Foundation" (For: Luis B. Eyzaguirre Memorial Lecture Series), can be sent to the University of Connecticut, U-161, Human Development Center, Room 04, Storrs, CT 06269, attention Prof. Elizabeth Mahan.

– Jonathan Carlyon, Spanish Ph.D. Candidate

Con Fernando en Villiers- Le- Bel

Luis B. Eyzaguirre
University of Connecticut

A Maruja, compañera de ruta

¿Cuándo podré eliminar esos insensatos descos que a menudo me asaltan de saber cómo terminan las cosas? ¿Es que alguna vez, alguna solitaria vez, me ha ido bien en este empeño? ¿Por qué ese verano no resistí la tentación y mantuve a resguardo el bello recuerdo de Fernando con todo lo que él representaba en mi vida? Podría entonces haberme quedado con esas memorables conversaciones que absorbían nuestros días, ajenos ambos a todo lo que no fuera el goce de nuestra amistad. Si así hubiera sucedido, podría ahora conservar la imagen de un Fernando seguro de sí mismo, abierto y generoso. Y el recuerdo incluiría un mundo tranquilo que era nuestro y el que íbamos a intentar mejorar en ese tiempo de promesa que no mostraba todavía señales de desastre. No podríamos entonces haber imaginado que ese mundo se derrumbaría separándonos de personas, de lugares, de sueños, alienándonos a veces hasta de nosotros mismos. Menos podríamos haber pensado que vendría luego una lucha por conquistar un nuevo espacio que nos acogería, si bien precariamente, y en el que tendríamos que crearnos una nueva vida.

No; no debí someter el mundo del recuerdo a prueba tan extrema como la de querer saber cómo van a terminar o cómo terminaron las cosas. Especialmente esas cosas oscuras, insidiosas, que no encuentran definición en un tiempo hostil con el que se confunden. El tiempo, enemigo implacable que raras veces nos da cuartel. Habría que establecer una tregua con el

tiempo; convertirlo en aliado para que así nos acogiera en alguna de sus manifestaciones más generosas y afines a lo humano. Que fuera posible, en palabras de un notable narrador, **detenerse a observar que el tiempo pasa rápidamente, y, sin embargo, en toda su rapidez de repente parece acurrucarse, parece quebrarse, y entonces es como si el tiempo no existiera.** Y en esos momentos en que el tiempo se acurruca, ser uno con él, como con un amigo. Tal vez, el tiempo del recuerdo. Y oírlo, entonces, **susurrar como una bandada de pájaros asustados, o, por ejemplo, en un bosque: ahí puede uno estarse siempre oyendo cómo el tiempo susurra, y eso reconforta, pues ya no hay necesidad de pensar...** continúa éste para mí memorable poema de Robert Walser, extraordinario prosista suizo que muere en uno de sus solitarios paseos por las colinas del sanatorio en que le habían internado. El tiempo del recuerdo. Poder quedarse en él, en ese instante sin límites, con nuestras memorias intactas, para siempre, intocadas por ese otro tiempo que no cesa y que destruye.

Es ese momento, tan seductoramente descrito por el poeta, el que yo no puedo alcanzar. Quizás nunca entraré en él por ese fondo de irreducible racionalidad del que no logro divorciarme. Porque a él, a ese tiempo mágico hay que llegar vacío de propósitos. Y la racionalidad que a mí no me abandona me induce a querer fijar un recuerdo como separado de los otros, por el temor a que se confunda con los demás recuerdos, ya que, si así sucede, se daría el caso de no saber cuál es cuál. Y, entonces, el terror de no lograr nunca desprender ese recuerdo particular de la indefinición de los hechos perdidos, cadena en la que de seguro se insertaría. Y volverían esas agotadoras e infructuosas luchas nocturnas por recobrarlo y darle el orden deseado. Y el cierto despertar inquietante porque se estuvo cerca, muy cerca. Y, sin embargo....

Por todo esto me duele lo que pasó esa tarde en París cuando supe que Fernando había ido a dar a un escondido poblado en las afueras de la ciudad. Me he arrepentido muchas veces de haber accedido a la invitación de Amanda de ir a visitar, después de más de veinte años, a nuestros amigos Fernando y Marcela. La verdad es que Amanda no tuvo que insistir demasiado ya que acepté casi de inmediato, con alegría y con un mucho de no justificada ilusión. Ahora pienso que algún indicio de cordura debió haberme ayudado a resistir la tentación, sobre todo cuando Amanda me informó que nuestros viejos amigos vivían ahora en una población que se llamaba Salvador Allende. Bien sabía yo quiénes de la diáspora chilena de esos años encontraban asilo en lugares con nombre tan emblemáticos. Por cierto, no eran los jefes del régimen anterior tan barbáricamente derrocado.

Pero no hubo manera. Toda posible cautela se esfumó en el instante mismo en que Amanda me pasó a recoger a un grato y alegre hotel en la rue de Seine donde ella misma me había conseguido habitación. Antes de salir tomamos un muy conversado desayuno con el que se esfumaron también los

varios años que habían transcurrido desde nuestro divorcio. Radiante, vestida como para una fiesta, Amanda me arrebatava con uno de esos entusiasmos que hicieron tan felices tantos de nuestros días juntos. Sin embargo, la alegría del encuentro no lograba borrar del todo el inquietante pensamiento de que volver al pasado, así tan despreocupados, envolvía algún riesgo innominado que no me atrevía a precisar. Y, cuando por fin salimos a la calle, mis recuerdos oscilaban entre nuestras alborozadas primeras aventuras de recién casados y muchos complicados viajes a Santiago que nos abrumaban entonces con visitas a clínicas, exámenes médicos, y diagnósticos que amenazaban la vida de nuestra hija Anita María. En ambas circunstancias, las placenteras y las que habían afligido nuestro ánimo, siempre estuvieron presente los Bonnieux, Fernando y Marcela, compartiendo nuestras alegrías o haciendo que olvidáramos nuestras tribulaciones del día en cálidas veladas familiares en su casa de Providencia. Y ahora, después de todo este tiempo, veríamos una vez más a nuestros entrañables amigos.

Era un maravilloso mediodía de domingo de un verano que se adelantaba; uno de esos días en París cuando parece que la diafanidad del aire borrara toda impureza y cuando nada podría empañar la azul luminosidad del cielo. Todo complotaba para que empezáramos a sentirnos de nuevo marido y mujer. Nuestra conversación del desayuno había tenido el efecto de hacernos olvidar el contencioso sesgo que nuestra relación había tomado este último tiempo y nos había instalado, gratamente, en la alegría de este encuentro.

Salimos del hotel y a poco andar nos bajamos del automóvil y entramos en un mercado de las afueras de la ciudad en busca de flores. Muy pronto nos envolvió una abigarrada actividad humana que transformó este pintoresco mercado parisino en uno de aquéllos que regularmente frecuentábamos en ese lejano espacio que fue el nuestro. Cuando salimos a la calle y dejamos atrás el bullicio del mercado bromeábamos despreocupadamente y Amanda cargaba un escandaloso ramo de flores que apenas cupo en el asiento trasero del pequeño coche. Ya en la carretera, pensamientos sombríos empezaron a enturbiar mi día. Algo me decía que el ánimo de paseo dominical con que lo iniciábamos era una incongruencia que no se compadecía con lo que pudieran ser las varias desventuradas peripecias que nuestros amigos pudieran haber sufrido en el curso de estos últimos años.

Al alejarnos de la ciudad, atravesamos barrios desiertos con edificios melancólicos que rezumaban una tristeza y abandono que empezaron a moderar el entusiasmo con el que se había iniciado la excursión. Sólo la charla efervescente de Amanda y el perfume de las flores que nos llegaba desde atrás lograban, por momentos, mantenernos ajenos a la desolación de los sitios por donde pasábamos. A medida que nos acercábamos a Villiers-Le-Bel (así se llamaba el pueblo que buscábamos) el día perdía su brillo y

se desdibujaba en el empeño inútil de unos amagos de jardín con los que algunas casas luchaban por ocultar el deterioro general. Habíamos dejado la carretera principal y, al entrar en Villiers- Le- Bel, ya no se oían ruidos. No se veían esos grupos de niños que con sus juegos y sus gritos alegran las calles de pueblos como éste. Me parece extraño ahora que sé que Villiers- Le- Bel es un lugar principal en el cantón del Val-D'Oise con 26.223 habitantes. La enciclopedia también menciona una iglesia gótica que nunca vimos. O los Beauvilérois (que éste es el gentilicio de los moradores del pueblo) dormían una temprana siesta, o no se sentían atraídos a dar el paseo dominical que en un día tan hermoso como éste debería ser de rigor.

Dimos vueltas y más vueltas por las desiertas calles del pueblo y nos perdimos repetidas veces buscando la población Presidente Salvador Allende en la que nos habían dicho encontraríamos el departamento de nuestros amigos. Cuando ya empezábamos a dudar de la fiabilidad de las instrucciones recibidas, dimos con un bloque de edificios designado con el nombre del ex-presidente. Entramos en uno de ellos y recorrimos una serie de oscuros corredores hasta que por fin desembocamos en uno donde se indicaba que al final estaba el número que buscábamos. Era un pasillo angosto, tenebroso y amenazador como los otros por los que ya habíamos pasado. Las paredes también estaban cubiertas por entero con grafiti de todos los colores y diseños imaginables protestando contra todo lo establecido. La puerta del último departamento al fondo dejaba ver el tan buscado número 02. Tocamos el timbre, se abrió la puerta y unos brazos abiertos y cariñosos nos acogieron estrechándonos largamente. Tras Marcela que había salido a recibirnos, enhiesta, en toda la imponencia de su metro ochenta y cinco, se erguía la figura de Fernando. La solemnidad de su escrupuloso traje de etiqueta negro con corbata de pajarita y una conmovedora expresión entre interrogante y resuelta pretendían encubrir los estragos con que el tiempo había marcado su rostro. Y en sus ojos, por el momento que duró nuestro abrazo, entre muchas otras emociones que en ese momento no supe discernir bien, un miedo se asomaba, un miedo que parecía implorar (así lo entiendo ahora) que no se discutieran ciertas cosas, que entráramos en el hoy sin examinar el pasado. Y por sobre todo este mundo de sentimientos encontrados, porfiada y dulcemente, de esos inexplorados laberintos en los que miedo y determinación se confundían, se filtraba todo un amor muy tierno que se hacía espacio tenazmente por entre ese torbellino de emociones.

El comedor estaba de fiesta y nuestro ramo de flores se sumó a un arreglo floral que alegraba la mesa. Varias viandas nos esperaban dispuestas con un cuidado y buen gusto que hacían recordar tiempos mejores. Algunas botellas de vino (francés, no de nuestro país de origen) estaban ahí como aguardando el momento de propiciar un reencuentro que llegaba después de tantos años y tantas cosas. Todo resplandecía como en esas inolvidables veladas de Santiago. Nos sentamos a la mesa y de pronto nos miramos los

cuatro sin saber por dónde empezar. Era ésta una mirada ajena a nuestra experiencia; una mirada nueva que, si bien mostraba el gran afecto que siempre nos unió, revelaba también un temor a lo desconocido, a lo que tal vez podría ahora separarnos.

Luego de algunos penosos segundos de vacilación, logramos romper el silencio que nos delataba intercambiando noticias escuetas sobre nuestra vida presente y, sin ponernos de acuerdo, pasamos por sobre más de veinte años de separación sin apenas rozarlos. Llegamos a situarnos en el momento de este encuentro de hoy seleccionando cautelosamente sólo retazos del pasado. No hablamos de los buenos tiempos, ni tampoco discutimos tema tan central como el del desastre que nos había separado. Creamos, así, una burbuja de tiempo en la que nos cobijamos precariamente, mientras comíamos y la conversación progresaba con una naturalidad cada vez mayor así que transcurrieron las horas.

Fernando contó las muchas peripecias de su vida de todos estos años con un tono de voz que intentaba transformar hechos transcendentales en ocurrencias cotidianas.

—¡Soy francés! — fue todo lo que dijo para referirse al desgarró de haber perdido una patria.

La conversación languidecía a ratos y, con el paso de las horas, y los efectos de la comida, el vino y el calor de la siesta, las máscaras que habíamos adoptado amenazaban desprenderse y dejarnos al descubierto. Fernando daba muestras de aferrarse a la suya con particular empeño. Tras ella se mantenía en pie el trozo de vida que no le había arrebatado el tiempo. Apenas sí mencionó las penurias sufridas al tratar de adaptarse al nuevo país y poder así injertar en este otro suelo la poca vida que había logrado rescatar del suyo propio. Poco dijo de los varios trabajos y empleos que él y Marcela habían tenido que aceptar para sobrevivir y aludió sólo muy veladamente al dolor de ver cómo su familia, la que le había quedado, se dispersaba por los rincones del mundo. Tampoco se lamentó de que ahora tuvieran que vivir este último tramo del camino Marcela y él solos en este lugar inhóspito haciéndole frente a la insistencia implacable de los recuerdos. Me conmovía tanta voluntad en vida tan frágil. Sólo en contados momentos, en instantes fugaces, por entre los resquicios que no había tapiado su voluntad, el miedo se asomaba a sus ojos. Y cada vez que esto sucedía, Fernando, haciendo un esfuerzo que me sorprendía, lograba controlar el temblor que empezaba a delatarlo.

La voluntad de Fernando se resquebrajaba visiblemente sólo cuando su vista se encontraba con un cuadro con una gran foto de un muchacho apuesto de mirada triste que desde la pared del fondo dominaba toda la habitación. Yo sabía que era Gonzalo, su hijo mayor, quien de niño jugara con nuestro hijo por las somnolientas calles de nuestra apacible ciudad. Era una foto de Gonzalo de la época en que había sido “desaparecido” la noche

misma del día en que sobrevino el desastre. Ya concluido el almuerzo y a la hora de los postres no pude contener mi curiosidad y me atreví a preguntarles si sabían algo de Gonzalo.

— Sí — respondió Fernando suavemente — es la foto de Gonzalo.

Luego de un largo silencio, mirando más allá de la foto, y con una voz desprovista de inflexiones, añadió Fernando:

— Sí, me mataron a mi hijo.

Y antes de que ninguno de nosotros tres pudiera decir nada, empezó Fernando a revivir la noche en que Gonzalo fue a despedirse de ellos burlando el toque de queda que se había impuesto en la ciudad. Mirando al vacío, se estremeció al habernos del estruendo de los golpes de las bayonetas en la puerta de calle, y cerró los ojos al recordar a su hijo saltando por la ventana para tratar de escapar por el patio trasero de la casa.

— Fue lo último que supimos de él; fue la última vez que lo vimos — continuó la voz casi en un susurro.

De vuelta en la realidad de la tarde que ya comenzaba a llenarse de sombras, y sin rendirse al dolor, Fernando relató sus esfuerzos de muchos meses por averiguar el paradero de su hijo. Nos habló de sus visitas a innumerables oficinas, ministerios, organizaciones civiles en las que rogó, suplicó, lloró en busca de noticias. Con voz sorda recordó a varios antiguos amigos y conocidos de los buenos tiempos que, por haber entrado a colaborar con el nuevo régimen, podrían haberlo ayudado, y nos contó cómo éstos entretuvieron sus esperanzas con vanas promesas dilatorias. Fueron años de penoso peregrinaje antes de tener que rendirse a la evidencia de que ya nunca más verían a Gonzalo.

— Cuando acepté lo inevitable — dijo Fernando — encontré si no la paz, la resignación. Sin tener que recurrir a nadie, podía poner ahora a buen resguardo la memoria de mi hijo Gonzalo y podía también tratar de vivir con lo que me quedaba, Marcela y mis otros hijos.

Y en torno a la memoria de Gonzalo erigió muros impenetrables que preservarían su recuerdo.

Sin embargo, algunos años después, dos de éstos a quienes él un día había considerado sus amigos violaron sus defensas removiendo el recuerdo de Gonzalo que ya Fernando había ordenado en su memoria.

— Llegó carta en la que, torturados por los remordimientos, me informaban que ellos sabían dónde y cuándo había muerto Gonzalo. Me decían también dónde podría yo reclamar los restos de mi hijo. Se oía muy lejana la voz de Fernando. Pero, de pronto, se puso de pie y, con una energía que parecía haberle abandonado, otra vez en control de su voz y de sus gestos, Fernando concluyó:

— Yo les respondí que ya habían enterrado a mi muerto, y que el resto, lo que no estaba en mí, era ahora de la tierra y de Dios.

Y el comedor se llenó de una gran paz y de un gran silencio.

No habíamos encendido la luz y la habitación estaba en sombras. Fernando había vivido una tarde con nosotros como me pareció entonces que se lo había propuesto. Ninguno de los cuatro cayó en ningún momento en la autoconmiseración. Y aunque la amenaza de las lágrimas estuvo siempre presente, éstas no se materializaron.

Con la llegada de la noche las fuerzas de Fernando se agotaban y su voluntad sola ya no era bastante para seguir sosteniéndolo. La chaqueta, antes impecable, yacía desmadejada sobre una silla. La corbata de pajarita colgaba indefensa de un lado del cuello de la camisa. La gomina que había mantenido el pelo de Fernando en su lugar empezaba a desleírse con el paso de las horas y se mezclaba con la tintura que había pretendido ocultar las canas. Y cuando ya pensaba que Fernando se desplomaría y yo no sabía qué hacer, éste se irguió en toda la majestad de su metro ochenta y cinco, se acomodó el cabello y la ropa y, con gesto de gran señor que pone fin a una grata visita, nos invitó a salir al “jardín”. Al salir del departamento nos miramos con una mirada que nos decía que nos habíamos aventurado en zonas de nuestras vidas todavía muy sensibles. Creo que entendimos que cualquier prolongación del momento podría abrir grietas irreparables en esa amistad tan profunda que había sobrevivido tantos años y tantos cambios de fortuna. Nos correspondía ahora preservarla en el momento vivido, sin someterla a más pruebas, ahí, al abrigo del tiempo.

De la mano de Marcela, Fernando nos guió por los mismos oscuros corredores que ahora no me parecieron tenebrosos y salimos hasta la puerta de la calle. Desmintiendo las promesas que nos hacíamos de vernos pronto de nuevo ese verano, otra mirada nos hizo saber que este adiós sí que era para siempre. Después de los abrazos, de nuevo señor de su casa, del brazo de Marcela que lo sostuvo hasta el final de nuestra despedida, Fernando continuó prolongando el definitivo adiós hasta el momento mismo en que nuestro coche se perdía de vista a la vuelta de la esquina.

Hartford 1998, 1996